

CESEDEN

UN NUEVO CAMINO PARA EUROPA

- Por Michel DEBRE-

(Traducido por el Tte. González
Pascual, del CESEDEN.)

El mensaje dirigido por la Comisión de Bruselas a los Estados-miembros del Mercado Común, las vivas divergencias que han precedido, acompañado y que seguirán a la reunión de Washington, ponen nuevamente - de manifiesto, y de manera evidente a la vista de todos, la orientación política de las naciones europeas, es decir, el futuro de Europa. Una vez más, si no queremos hundirnos en las contradicciones y la impotencia, conviene esclarecer la causa profunda de estas divergencias y, en esta ocasión, es necesario plantearnos el equívoco fundamental que no nos atrevemos a formular. Las Naciones europeas, ¿desean constituir una potencia autónoma, o se resignan al papel de satélites...? Todo depende de la respuesta a esta pregunta.

Es cierto, que la respuesta a veces puede eludirse... Así, ciertas dificultades que salen al paso circunstancialmente, el Mercado Común, o la ayuda a las regiones, por ejemplo, no exigen que el equívoco sea descubierto. Es de un interés casi general el ponerse de acuerdo cuando se plantean problemas de orden económico y el asociarse para salvar tal o cual dificultad particular, especialmente de orden geográfico. Se discute, se regatea, se compromete... pero al final se llega a un acuerdo.

Por el contrario, cuando se trata, en cualquier terreno que sea, de una orientación política, surge la verdadera dificultad, que proviene de la concepción diferente, e incluso contradictoria, que tienen las distintas capitales, sobre el futuro de Europa occidental.

ATAQUEMOS LOS "TABU"

¿ Por qué la noción de "defensa europea autónoma" es una discusión de chiquillos sin ninguna salida...? ¿por qué la definición de "empresa económica europea" o de "sociedad comercial europea" sigue siendo una obra

vana...? ¿Por qué ha sido imposible determinar entre las naciones europeas una política monetaria común que fuese digna de este nombre...? ¿Por qué la cohesión con miras a una política energética, a la vez global y marcado por una voluntad de independencia, tropieza con tantos obstáculos...? A cada una de estas cuestiones se puede responder y de una manera admisible, por consideraciones particulares. Sin embargo, más allá de estas consideraciones, se descubre una mayor oposición, y ha llegado ya la hora de precisarla.

¿Queremos de verdad que la unión de las naciones europeas desemboque un día en la constitución de una gran potencia, es decir, en una autoridad apta para definir su política, que posea los medios para llevarla a cabo, ejercer una autoridad y señalar una radiación...? A los ojos de esos que desean un gran futuro de Europa, parece que la respuesta a esta pregunta no puede ser otra, que la afirmación. Aunque solo fuese por el bien de la libertad y de la paz, no existe unión europea que tenga sentido, a no ser que constituya una fuerza, lo suficientemente apta para influir sobre los destinos del mundo en el lugar y en el espacio de las naciones que, en el estado actual de las relaciones internacionales, no pueden ya intervenir con una capacidad suficiente de persuasión. Para constituir tal fuerza, es necesario estar animados por una voluntad de independencia y de grandeza.

Ahora bien, no podemos mantener ninguna ilusión sobre un hecho capital, que muchas veces hemos dejado cómodamente olvidado. Esta concepción no es de ningún modo compartida por un gran número de europeos; incluso entre esos que con mucho gusto serían calurosos partidarios, existen profundas divergencias.

Sin querer de ninguna manera establecer una jerarquía - un hombre es un hombre, allí donde se encuentre - es sin embargo una realidad que no hay que despreciar, si se quiere obrar seriamente. Observemos la orientación, no solo de los gobernantes, sino también de las opiniones de las pequeñas naciones de nuestro Continente. Aquí, se piensa ante todo, en un provechoso comercio, allí, se preocupan del desarrollo industrial, se an las que sean las condiciones políticas. En otra parte, se desea compartir con Suiza el beneficio de un paraíso fiscal. Todavía en otra parte, se desea ante todo, no tener que mezclarse en ningún asunto del continente. Aquí, allí, en otra parte, las grandes frases de independencia y de potencia, con su cortejo de esfuerzos, de riesgos, de sacrificios económicos, de solidaridad, de voluntad gubernamental superior a los intereses del día y a las facciones no representan de ninguna manera un objetivo político. Aquí, allí, en otra parte,

no se trata para Europa de buscar las ocasiones de hacer más todavía, llegado el caso, buscar los medios de imponer a las potencias extra-europeas una acción que no desean. Se trata, en efecto, de garantizar lo que existe, obtener alguna ventaja inmediatamente útil, incluso a veces de descargarse de problemas particulares, creyendo o fingiendo creer que una ayuda llamada "euro-pea" permitirá resolverlos.

Esta comprobación es tanto menos una crítica con relación a nuestros vecinos o compañeros holandeses, belgas, luxemburgueses, irlandeses y daneses, cuanto su sentir, resultado de una especie de neutralismo antiguo e instintivo, es compartido por una buena parte de los europeos pertenecientes a las más grandes naciones, que no tienen las mismas tradiciones ni los mismos motivos para concebir así el futuro de Europa. Pero está claro que, en función de tal estado de cosas una unión europea está fuera de lugar.

Volvamos nuestra mirada hacia las naciones más importantes. Entonces es necesario observar el vigor de las tendencias centrífugas, Alemania occidental, por prioridad, mira a Alemania oriental; Europa según ella, no debe impedir esta evolución. Por lo demás, compromisos comerciales y económicos múltiples la unen a la economía de los Estados Unidos influyendo sobre su política, sin omitir, llegado el caso, la defensa. Gran Bretaña, por su parte dirige su mirada hacia los Estados Unidos y hacia el mundo anglosajón; Europa, piensan, no debe impedir una orientación que corresponde a un estado de espíritu profundo, por otra parte, comprensible. Italia, se vuelve cada vez más al Mediterráneo, cuyo futuro es motivo de preocupación, y será igual para España el día que ésta alcance una organización común. Ni una ni otra pueden sacrificar sus intereses principales, a los cuales los Estados Unidos parecen prestar más atención que la mayoría de los europeos, indiferentes a lo que pueda pasar en el Mediterráneo. En cuanto a Francia, permanece y permanecerá siempre alerta, teniendo continuamente y, con razón, que en nombre de Europa, la coalición de sus vecinos no burlen sus intereses esenciales y sus profundas aspiraciones. Nuestros compañeros se sienten gustosamente cómodos, cuando se trata de pesar las decisiones de Francia.

Algunos han esperado y esperan todavía, que la Comunidad supranacional realizase un milagro político. La decepción es evidente. Era difícil que ocurriese de otra manera.

Si analizamos las instituciones, vemos en seguida el callejón sin salida: ¿a qué ambición puede responder un poder forjado sobre la base de un Parlamento, aunque fuese elegido por sufragio universal...? ¿En que aspecto

to importante, una ley votada por los electores de dos o tres naciones podría imponerse a las otras...? ¿Qué unidad podría expresar, frente a disyuntivas decisivas, un gobierno de hombres, aunque fuese llamado ejecutivo, coalición al mismo tiempo de naciones y formaciones políticas de tendencias íntimas divergentes? A estas primeras objeciones, hay que añadir otra, aún más grave. El sistema examinado, que hace elegir en las pequeñas naciones un diputado por cada treinta o cincuenta mil electores y, en las grandes por un millón, si no es por más, condena al poder resultante de una Asamblea semejante, a una verdadera ilegitimidad que quita, de antemano, toda capacidad de acción ante las grandes decisiones.

Si después de las instituciones, consideramos las orientaciones, el atolladero es del mismo orden, pero mayor todavía. ¿Desmembrar las naciones para sustituirlas por regiones...? Esta tendencia absurda de construir el futuro de Europa sobre un sistema medieval, fue, con razón, denunciada en Poitiers por el Presidente de la República. Refleja, además, una contradicción: no se puede instaurar al mismo tiempo una fuerza europea debilitando o desmembrando las naciones, que son los elementos indispensables de esta fuerza. ¡Este no es el camino ni de la potencia ni de la libertad...! Sin querer aludir a nadie, ¿qué autoridad saldría mañana de una asociación entre el País de Gales, Brabante, Sicilia, Groenlandia, Jutlandia y la región Centro-Loira...?

Si el porvenir de nuestro mundo fuese un futuro de crecimiento regular, de un progreso constante, de un desarrollo social armonioso entre los hombres, los pueblos, los continentes y las razas, Europa podría acomodarse igualmente a la falta de ambición de unos como a las ambiciones centrífugas de los otros, y la Comunidad podría subsistir como una "tecnestructura" donde las ventajas e inconvenientes se equilibrarían.

Pero no existe ninguna probabilidad de que nuestro mundo sea así. Al contrario, los elementos de inestabilidad del último cuarto de siglo ya están en juego. Es un error pensar que Europa - aún beneficiándose de un largo y excepcional periodo de paz interior, que es el deseo de todos, - por lo que hay que trabajar y a lo que los europeos tenemos derecho - es un error, repito, pensar que esta Europa pueda permanecer indiferente ante las rivalidades existentes entre civilizaciones, continentes, pueblos y razas.

¿Se trata para los Estados Unidos de restablecer sus exportaciones...? ¡Los europeos a dar su consentimiento! ¿Se trata para los productores de petróleo de ganar más dinero...? ¡Los europeos a pagar! Sin

ceramente, estamos ante una verdadera crisis económica y monetaria, con consecuencias no lejanas en el orden político y social - un mundo político y social - aquí y allá turbado por desavenencias internas. Ahora bien, no se cura la caída por el renunciamiento y no existen peores infortunios para las naciones europeas que el no querer sobreponerse a ellos mismos, tratando por vías paralelas y con una voluntad común, de conseguir la autonomía de sus preferencias y el ejercicio en el exterior de una gran influencia.

LAS PROBABILIDADES DE UNA POLITICA EUROPEA.

Planteado así el problema - y yo no veo honradamente otra manera de hacerlo - nos podemos preguntar si es posible una Europa. La cuestión es tanto más pertinente, cuanto es falso creer que desde el exterior - se quiera una Europa fuerte e independiente. ¿Quién podría desear, de verdad, un competidor...? Nadie, ni el Este ni el Oeste, y si nos remitimos a los estímulos de China, estos son al mismo tiempo lejanos, teóricos y cargados de intereses; se trata en opinión de sus dirigentes de desviar de Asia una parte de las preocupaciones soviéticas. Sin duda, los dirigentes americanos desean la unión de Europa, pero de una Europa asociada, es decir, sin política propia, que se adapte y siga la política americana. Esta tesis, por otra parte, es compartida por numerosos europeos; a riesgo de atribuirse una política procedente del exterior, es preferible elegir la del más fuerte.

En estas condiciones ¿para qué Europa...? Más vale la independencia nacional. Esta es nuestra realidad; nosotros, franceses, con nuestra capacidad de realización que nada tiene que envidiar a la suiza, sueca o yugoslava, y que bien compenetrados, gobernados y unificados, representamos una fuerza lo suficientemente grande para querer una política, una diplomacia y una defensa propia. Esta es, como digo, nuestra actitud, y está totalmente justificada.

Y sin embargo apenas hemos terminado de pronunciar esta frase, cuando aparecen, a la vez, un pesar y una aprensión.

Parece ir en contra de lo natural que, frente a los americanos, los rusos, los chinos o los árabes, los europeos no traten de encontrar los caminos de una inteligencia, y que los pueblos más celosos de su independencia se nieguen a definir, en los casos graves, una identidad de actitud - esclarecida por una voluntad de independencia, es decir, sencillamente de

dignidad. Si en medio de las transformaciones realizadas y de las previsibles, una perspectiva de futuro, aunque fuese a largo plazo, ¿no reside en la afirmación de una estrecha solidaridad popular...? ¿Es este un camino que permite conciliar esta primera realidad - la personalidad de las naciones europeas y sus ambiciones propias - y esta otra realidad, la utilidad de una búsqueda común de la potencia...? .

Yo lo creo así, pero no hay que equivocarse sobre las posibilidades de la acción.

Esta es una responsabilidad particular de las más importantes - naciones de Europa, a la que pertenecemos. Los deberes que éstas tienen en relación al Viejo Continente, no tienen comparación ni siquiera con los intereses particulares de cada una. Es a esas naciones europeas - es decir a sus dirigentes - a los que corresponde conciliar sus orientaciones divergentes y la necesidad de adoptar por mucho tiempo actitudes comunes frente a dos exigencias de la grandeza europea.

Varios polemistas, en lugar de explicar sus sentimientos malévolos con relación al General de Gaulle, le reprochan el no haber "hecho Europa" y recordando una ocasión perdida, imaginan qué dimensión histórica hubiera sido la suya, si hubiese elegido el camino de la unión Europea. Olvidan que partiendo de un acuerdo franco-alemán, del mantenimiento de la alianza con los Estados Unidos, aunque sin integración, y de acuerdo con la Unión - Soviética, el General de Gaulle intentó orientar el futuro de Europa Occidental. Al poner el acento sobre la personalidad, o sea sobre la independencia y la potencia, ciertos gobernantes, vecinos nuestros rehusaron seguirle! Se ha querido ver en ésto y se sigue viendo todavía al General de Gaulle, negándose a firmar la abdicación de la personalidad europea a la cual se le invitaba...! ¿Se le reprochaba la vanidad de una política que dejaba a Gran Bretaña fuera del esquema...? . Esto es querer olvidar el ofrecimiento hecho, después de una larga reflexión, a un interlocutor de excepción, el Embajador de Gran Bretaña en París. En aquella ocasión expresó la muy inteligente y justa idea de que el camino de una Europa independiente y poderosa pasaba por una primera etapa que era la de un acuerdo entre Inglaterra, Francia, Alemania e Italia. El gobierno laborista de entonces, sublevó en aquellos momentos a toda Europa contra el General de Gaulle, acusándole de torpedear el Mercado Común; lo que literalmente, nada tenía que ver con el asunto. Por lo que se refiere a la política europea, que debe ser ambiciosa o que no será nada, no existe otro camino que aquél.

EL CONCIERTO EUROPEO

Se dirá con un aire superior: usted quiere restablecer el concierto europeo. La respuesta es simple. ¿sobre qué otra cosa se puede edificar con más solidez...?. La unión americano-soviética es la que consolida la potencia de los dos compañeros. Los acuerdos de las naciones árabes son los que han permitido lanzar una acción común, cuya eficacia fue y sigue siendo excepcional. El futuro de Europa descansa en la determinación de algunas naciones para definir, frente a los graves problemas, una actitud común. Todo lo demás, no tiene ningún significado.

También se dirá, que el actual espectáculo dado en Washington en primer lugar por Alemania, no reserva muchas probabilidades de éxito en este concierto. Es verdad, pero me parece que los dirigentes americanos han ido, una vez más, demasiado lejos. No han tenido en cuenta algunos fracasos pasados. No han comprendido que proponían pasar del atlantismo al americanismo. Preocupados de sus prioridades mundiales, no han sentido la fragilidad de los apremios y contradicciones que se ocultan en el interior de una alianza. Lo que es excesivo no es duradero, al menos - mientras se quiera permanecer en el campo de la razón. Si no quieren renunciar a Europa, nuestros vecinos deberán reflexionar - pero que quede bien claro ahora - que la falta de entendimiento entre las naciones importantes de Europa y de una voluntad de hacer de este entendimiento una etapa de independencia y de potencia, todo lo que se hable sobre el futuro de Europa carecerá de sentido.

Los juicios que anteceden, van a ser, una vez más, motivo de polémicas, en particular, por parte de los "europeos profesionales". Estos han creado una ortodoxia fuera de la cual no existe salvación. Sin embargo, si verdaderamente se quiere una política europea, es urgente salir de los caminos andados que, con el pretexto de llevarnos, todos los días, a Bruselas, nos conducen siempre a Washington, incluso cuando se trata de discutir con nuestros vecinos del Mediterráneo.

Sin duda he ahí quien supone en Inglaterra como en Alemania, en Italia, como en Francia, una situación política interior que permite discusiones fructuosas y sobre puntos importantes, resoluciones comunes. Pero ya ha pasado el tiempo en que uno se regocijaba de las debilidades del vecino.

No se trata tampoco de imponer una jerarquía, sino de crear, o de intentar crear un movimiento por la afirmación de actitudes comunes

bien premeditadas y apoyadas sobre una capacidad de acción . Por lo demás la importante vía cotidiana de los asuntos europeos seguiría adelante. Si esta orientación no llega a buen término, será porque, libres y conscientemente las naciones europeas responsables de una Europa fuerte, no quieren hacer de ella una gran potencia. Esto es lo que es necesario saber, en este año 1.974 tan cargado de preocupaciones en sí mismo, y que lo será también en los años venideros.

Francia, una Francia fuerte, está en el centro de este dispositivo. Es en efecto, una Francia fuerte, la que permite asociar a la alianza franco-inglesa con la alianza franco-alemana. Es en efecto, una Francia fuerte la que permite, con Italia y España, una política Mediterránea. Es una Francia fuerte la que puede, tratándose del mundo atlántico, hablar de alianza y rehusar la alienación impuesta. Es en fin, una Francia fuerte la que permite una cierta orientación de Europa Occidental hacia Europa Oriental. Uno no evita su destino. Por nuestra tenacidad, seremos el germen, cuando, después de un desabrido camino, vuelvan los tiempos de las grandes y nobles ambiciones - o nó se hará nada.
